

inclinada nuca, sin levantarle el vello con un estremecimiento de voluptuosidad; la blanca humareda del incienso no la aletargaba ya en un sueño místico; las llameantes capillas, los copones que irradiaban como astros, las casullas de oro y plata palidecían, esfumándose ante sus miradas, enturbiadas por el llanto. Entonces, como una condenada, abrazada por los fuegos del paraíso, levantaba las manos desesperadamente, reclamaba al amante que se le negaba, balbuceando, gritando:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué os habéis retirado de mí?

Avergonzada, como ofendida por la muda frialdad de las bóvedas, Marta abandonaba la iglesia con la cólera de la mujer desdeñada. Soñaba con suplicios para ofrecer su sangre; sublevábase furiosamente contra aquella impotencia de ir más allá que la oración, de arrojarle de un salto en brazos de Dios. Después, vuelta a su casa, no esperaba más que en el Padre Faujas. Este sólo le podía dar a Dios; él le había abierto las alegrías de la iniciación, y debía desgarrar ya todo el velo. E imaginaba una serie de prácticas que terminaba en la satisfacción completa de su ser. Pero el cura se encolerizaba, llegaba a tratarla groseramente. se negaba a oírla mientras no estuviese de rodillas, humillada, inerte como un cadáver. Marta le escuchaba, en pie, sublevada por una rebelión de todo su cuerpo, volviendo contra él el rencor de sus engañados deseos, acusándole de la cobarde traición que la hacía agonizar.

La vieja madame Rougon creyó deber intervenir entre el cura y su hija, como lo hacía antes entre ésta y Mouret. Habiéndole contado Marta sus penas habló al cura como suegra que quiere

la dicha de su hija y pasa la vida poniendo paz en el matrimonio.

—Vamos—le dijo sonriendo.—¡Que no hayan de vivir ustedes tranquilos! Marta se queja siempre, y usted parece ponerle hocicos continuamente... Ya sé que las mujeres son exigentes, pero confiese usted que carece de un poquitín de complacencia... Estoy verdaderamente apenada por lo que ocurre. ¡Sería tan fácil entenderse! Se lo ruego a usted; sea un poco más dulce.

También le reñía amistosamente por su mala facha. Comprendía, con su olfato de mujer lista, que el cura abusaba de la victoria. Después, disculpaba a su hija; la pobre había sufrido mucho, y su nerviosa sensibilidad pedía muchas consideraciones; por otra parte tenía muy buen carácter y un temperamento amante del que un hombre hábil podría disponer a su antojo. Pero un día en que le enseñaba el modo de hacer de Marta cuanto quisiera, el Padre Faujas se cansó de aquellos eternos consejos.

—¡Ah, no!—gritó brutalmente.—Su hija de usted está loca; me fastidia, no quiero pensar más en ella... Yo pagaría caro al mocetón que de ella me librase.

Madame Rougon le miró fijamente, frunciendo los labios.

—Oiga usted, querido—le respondió después de una pausa.—No tiene usted tacto, y eso le perderá. Dé usted el tumbo si quiere. Yo, al fin y al cabo, me lavo las manos. Yo le he ayudado a usted, no por sus lindos ojos, sino para complacer a los amigos de París. Me escribían que le guiara, y yo le guiaba... Sólo que... fíjese usted; yo no aguantaré que venga usted aquí a echárselas de amo. Que el pequeño Péqueur, que el infeliz Rastoil tiemblen a la vista de la sotana de usted, santo

BIBLIOTECA DE NUESTRO TIEMPO
 ALFONSO DE VEGA
 AÑO 1885 MONTECARLO, MENA

y bueno. Pero nosotros no tenemos miedo, y queremos seguir siendo los amos. Mi marido ha conquistado a Plassans antes que usted, y lo conservaremos, se lo prevengo.

A partir de aquel día, reinó gran frialdad entre los Rougon y el Padre Faujas. Cuando Marta fué de nuevo a quejarse, le dijo su madre rotundamente:

—Tu curita se burla de ti. Con ese hombre no tendrás nunca la menor satisfacción... Yo en tu lugar, no me mordería la lengua para soltarle cuatro verdades como puños. En primer lugar, es más sucio que un peine desde hace algún tiempo; no sé cómo puedes comer a su lado.

La verdad era que madame Rougon había indicado a su marido un plan para aprovecharse de su triunfo. Ahora que la ciudad votaba correctamente, Rougon, que no había querido aventurar una campaña abierta, debía bastar para mantenerla en el buen camino. El salón verde adquiriría mayor poder. Felicidad, desde entonces, esperó con la paciente astucia a que debía su fortuna.

El día en que su madre le juró que el cura "se burlaba de ella" Marta se dirigió a San Saturnino, con el corazón manando sangre, resuelta a una tentativa suprema. Allí estuvo dos horas en la desierta iglesia, agotando los rezos, aguardando el éxtasis, torturándose para buscar consuelo. Su humildad la aplanaba sobre las losas, en tanto que todo su ser, locamente excitado, se desgarraba para no coger ni besar más que el vacío de la pasión. Cuando se levantó y salió a la calle, el cielo le pareció negro; no sentía el suelo bajo sus plantas, y las estrechas calles le producían la impresión de una inmensa soledad. Tiró el sombrero y el chal sobre la mesa del comedor, y subió en derechura al cuarto del Padre Faujas.

El cura, sentado ante su mesita, meditaba, con la pluma caída de los dedos. Le abrió, preocupado; pero cuando la vió tan pálida delante de él, con los ojos brillando de ardiente resolución, hizo un gesto de cólera.

—¿Qué quiere usted?—preguntó.—¿Por qué ha subido usted? Baje y espéreme si tiene algo que decirme.

Ella le separó y entró sin pronunciar palabra.

El vaciló un instante, luchando contra la brutalidad que ya le hacía levantar la mano. Permaneció en pie, delante de ella, sin cerrar la puerta abierta de par en par.

—¿Qué quiere usted? — repitió — Estoy ocupado.

Entonces Marta cerró la puerta. Después, sola con él, se acercó. Por fin dijo:

—Tengo que hablarle.

Se había sentado, mirando la alcoba, la estrecha cama, la pobre cómoda, el gran crucifijo de madera negra, cuya brusca aparición sobre la desnudez de la pared le produjo un corto escalofrío. Del techo caía una calma glacial. El hogar de la chimenea estaba vacío, sin una dedada de ceniza.

—Va usted a coger frío—dijo el cura con calmada voz.—Se lo ruego, bajemos.

—No; tengo que hablarle — dijo de nuevo Marta.

Y juntando las manos, como penitente que se confiesa:

—Le debo a usted mucho... Antes de su venida, yo vivía sin alma. Usted quiso mi salvación. Por usted he conocido las únicas alegrías de mi existencia. Usted es mi salvador y mi padre. Desde hace cinco años, no vivo sino por usted y para usted.

Se le desgarraba la voz y se le doblaban las rodillas. El la contuvo con un ademán.

—Pues bien—gritó Marta.—Hoy sufro, y necesito la ayuda de usted... Oígame, padre mío. No se retire usted de mí... No me puede usted abandonar así... Dios no me oye ya... Ya no lo siento... Apíadese de mí, se lo suplico. Aconséjeme, lléveme a esa divina gracia cuyas primeras dulzuras me ha hecho usted conocer; enséñeme qué debo hacer para curar, para penetrar cada vez más en el amor de Dios.

—Hay que rezar—dijo gravemente el cura.

—He rezado, he rezado horas enteras, con la cabeza entre las manos, tratando de anonadarme en cada palabra de la oración, y no me he sentido consolada ni he visto a Dios.

—Hay que rezar, rezar más, rezar siempre; rezar hasta que Dios se conmueva y baje a usted.

Marta le miraba con angustia.

—¿Entonces—preguntó,—no hay nada más que el rezo? ¿No puede usted hacer nada por mí?

—No, nada—declaró él rudamente.

Ella alzó sus temblorosas manos con desesperado arranque, con el pecho hinchado de cólera. Pero se contuvo y balbuceó:

—El cielo de usted está cerrado... Me ha llevado usted hasta él para estrellarme contra su puerta... Yo estaba muy tranquila, recuérdelo, cuando usted vino. Vivía en mi rincón, sin un deseo, sin una curiosidad. Y usted me despertó con palabras que estremecían mi corazón. Usted me hizo entrar en otra juventud... ¡Ah! No sabe usted qué goces me proporcionaba al principio! Era un calor dulcísimo que me invadía toda. Yo oía mi corazón. Tenía una esperanza inmensa. A los cuarenta años, a veces me parecía ridículo, y sonreía; después me perdonaba al sentirme tan feliz... Pero ahora,

quiero el fin de la felicidad prometida. ¿Hay otra cosa, ¿verdad? Comprenda usted que estoy cansada de ese deseo siempre despierto, que me ha abrasado, y me hace agonizar. Es preciso que me dé prisa, ahora que ya no tengo salud; no quiero ser engañada... Hay otra cosa, dígame que hay otra cosa.

El Padre Faujas permanecía impasible, dejando pasar aquella ola de ardientes palabras.

—¡No hay nada, no hay nada!—continuó Marta con arrebató.—Usted me ha engañado... Me ha prometido el cielo, abajo, en la terraza, en las tardes llenas de estrellas. Yo acepté. Me he vendido, me he entregado. Estaba loca con las primeras ternuras de la plegaria... Hoy se ha roto el pacto, y quiero volver a mi rincón, recuperar mi tranquilidad. Los echaré a todos, arreglaré mi casa, repararé la ropa en mi sitio de costumbre, en la terraza... Sí, me gustaba reparar la ropa. La costura no me fatigaba... Y quiero que Deseada esté a mi lado, en su banquillo; la pobre hacía muñecas, se reía...

Prorrumpió en sollozos.

—Quiero mis hijos!... Ellos son los que me protegían. Cuando no han estado aquí, he perdido la cabeza, he empezado a vivir mal. ¿Por qué me los ha quitado usted? Se han ido uno por uno, y la casa me ha llegado a parecer extraña. Ya no tenía el corazón en ella. Estaba contenta cuando salía por la tarde. Después, al volver por la noche, me parecía estar en casa de desconocidos. Hasta los muebles me parecían hostiles y helados. Yo odiaba la casa... Pero iré yo misma por los niños. Cuando lleguen, todo lo cambiarán aquí... ¡Ah, si pudiera volver a dormir tranquila!

Se exaltaba cada vez más. El cura intentó cal-

marla por un medio que muchas veces le había dado resultado.

—Vamos, sea usted juiciosa, querida señora—dijo procurando tomarle las manos para estrecharlas entre las suyas.

—No me toque usted—gritó Marta retrocediendo.—No quiero... Cuando me coge, soy débil como un niño... El calor de sus manos me llena de cobardía... Mañana volveríamos a empezar; porque ya no puedo vivir, y no me calma usted más que una hora.

Se había puesto sombría. Murmuró:

—No, ahora estoy ya condenada. Ya no volveré a querer mi casa. Y si vinieran los niños, preguntarían por su padre... ¡Ah! Esto es lo que me ahoga... No seré perdonada hasta que haya confesado mi crimen a un sacerdote.

Y cayendo de hinojos:

—Soy culpable. Por eso se aparta Dios de mí.

Pero el Padre Faujas quiso levantarla.

—¡Calle usted! —estalló.— No puedo recibir aquí su confesión. Vaya usted mañana a San Saturnino.

—Padre mío—repuso ella suplicante.—Tenga usted compasión. Mañana no tendré ya fuerzas.

—Le prohibo a usted que hable—gritó él con más violencia.—No quiero saber nada; apartaré la cabeza, cerraré los oídos.

Retrocedía, extendidos los brazos, como para detener la confesión en los labios de Marta. Ambos se miraron un instante en silencio, con la sorda ira de su complicitad.

—No sería un cura el que la oyese—añadió él con voz más ahogada.—Aquí no hay más que un hombre para juzgarla y condenarla.

—¡Un hombre!—repitió Marta enloquecida.— Bueno, es mejor. Prefiero un hombre.

Se levantó y prosiguió febrilmente:

—No me confieso; sólo digo mi falta. Después de los hijos dejé partir al padre. Nunca me pegó el desgraciado. Yo era la que estaba loca. Yo sentía quemaduras en todo el cuerpo, y me arrastraba y necesitaba el frío de los ladrillos para calmarme. Después del ataque, me daba tanta vergüenza el verme desnuda delante de gente, que no me atrevía a hablar. ¡Si usted supiera qué horribles pesadilas me tiraban en el suelo! Todo el infierno giraba en mi cabeza. El, el pobre hombre me daba lástima. Me tenía miedo. Cuando ustedes se marchaban no se atrevía a acercarse, y pasaba la noche sobre una silla.

El Padre Faujas trató de interrumpirla.

Se mata usted —dijo.— No remueva esos recuerdos. Dios tendrá en cuenta sus sufrimientos.

—Yo fui la que le envié a la Tullettes—prosiguió Marta imponiéndole silencio con enérgico ademán.—Ustedes todos me decían que estaba loco... ¡Ah, qué intolerable vida! Siempre he tenido terror a la locura. Cuando era joven, me parecía que me arrebataban el cráneo y que se me vaciaba la cabeza. Tenía como un bloque de hielo en la frente... Pues bien, he vuelto a tener esa sensación de frío, he temido volverme loca... Sí, se lo llevaron. Yo dejé que lo hicieran. No comprendía ya... Pero desde entonces no puedo cerrar los ojos sin verle allí... Eso es lo que me clava horas enteras en un sitio, con los ojos abiertos... Y conozco la casa y la tengo siempre delante. El tío Macquart me la enseñó. Es gris como una cárcel, con ventanas negras.

Se ahogaba. Llevóse a los labios un pañuelo que retiró de ellos manchado con algunas gotas de sangre. El cura, con los brazos fuertemente cruzados, aguardaba el fin del ataque.

—¿Usted lo sabe todo, verdad? —acabó por

balbucear.—Soy una miserable, he pecado por usted... Pero deme la vida, deme la alegría, y entraré sin remordimientos en esa dicha sobrehumana que usted me ha prometido.

—Miente usted—dijo lentamente el Padre.—Yo no sé nada. Yo ignoraba que hubiera usted cometido ese crimen.

Ella retrocedió a su vez, juntas las manos, tartamudeando, fijando en él sus aterradas miradas. Después, perdiendo toda conciencia, arrebatada, tornándose familiar:

—Oiga usted, Ovidio—murmuró.—Le amo a usted, y usted lo sabe ¿verdad? Le amé, Ovidio, el día en que entró usted aquí... Yo no se lo decía, porque veía le desagradaba a usted. Pero comprendía que adivinaba usted mi corazón. Yo estaba satisfecha, y esperaba que podríamos ser felices un día, en una unión completamente divina... Por usted he vaciado la casa. Me he arrastrado de rodillas, he sido su esclava... No puede usted ser cruel hasta el fin. Usted lo ha consentido todo, me ha permitido ser sólo suya, separar los obstáculos que se nos interponían... Recuérdelo usted, se lo ruego. Ahora que estoy enferma, abandonada, con el corazón destrozado, con la cabeza perdida, es imposible que usted me rechace. No nos hemos dicho nada en voz alta, es verdad. Pero mi amor hablaba y el silencio de usted respondía. Me dirijo al hombre, no al cura. Me ha dicho usted que aquí había un hombre. El hombre me escuchará. Le amo a usted, Ovidio, le amo y muero.

Sollozaba. El Padre Faujas había enderezado su alta estatura. Se acercó a Marta, y dejó caer sobre ella su desprecio a la mujer.

—¡Ah, miserable carne!—dijo.—Yo contaba con que sería usted razonable, con que no llegaría us-

ted nunca la vergüenza de decir inmundicias... Sí, es la lucha eterna del mal contra las voluntades fuertes... Ustedes son la tentación de lo bajo, la cobardía, la caída final... El cura no tiene más enemigos que ustedes, y deberían arrojarlas de las iglesias, como impuras y malditas.

—Le amo a usted, Ovidio—balbuceó de nuevo Marta.—Le amo a usted... Socórrame...

—Demasiado me he acercado a usted ya—continuó él. Si fracaso, usted, mujer, será la que me haya quitado la fuerza con sólo su deseo. ¡Retírese! ¡Váyase! ¡Usted es Satán! Le pegaré a usted para hacerle salir el ángel malo de su cuerpo.

Marta se había dejado resbalar, medio sentada contra la pared, muda de terror ante el puño con que la amenazaba el cura. Soltábanse sus cabellos, y un gran mechón blanco le cubría la frente. Cuando buscando socorro en la desnuda alcoba, vió el Crucifijo de madera negra, aun tuvo fuerzas para tender hacia él los brazos, con apasionado ademán.

—¡No implore usted a la cruz!—exclamó el cura en el colmo del arrebato.—Jesús vivió casto; por eso supo morir.

Madame Faujas entraba con su gran cesto de provisiones.

Lo soltó en seguida al ver a su hijo lleno de tan horrible cólera. Le cogió los brazos.

—Ovidio, cálmate, hijo mío—murmuró acariciándole.

Y volviéndose a la anonadada Marta y fulminándola con la mirada:

—¿No podrá dejarle en paz? Puesto que no la quiere a usted, no le ponga usted malo. Vamos, baje usted. Es imposible que se quede aquí.

Marta no se movía. Madame Faujas tuvo que levantarla y empujarla hacia la puerta; gruñía, la

acusaba de haber esperado a que ella saliese, y le hacía prometer que no volvería a trastornar la casa con semejantes escenas.

Después cerró violentamente la puerta tras ella. Marta bajó tambaleándose. Ya no lloraba. Repetía:

—Francisco vendrá; Francisco los echará a todos a la calle.

XXI

La diligencia de Tolón, que pasaba por las Tullettes, en donde hacía parada, partía de Plassans a las tres. Marta, enderezada por el latigazo de una idea fija, no quiso perder momento. Volvióse a poner chal y sombrero, y ordenó a Rosa que se vistiese en seguida.

—No sé qué le ocurrirá a la señora—dijo la cocinera a Olimpia.—Creo que partimos para un viaje de algunos días.

Marta dejó las llaves en las puertas. Tenía prisa de hallarse en la calle. Olimpia, que la acompañaba, intentó en vano saber dónde iba y cuántos días estaría ausente.

—En fin, esté usted tranquila—le dijo en el dintel con amable voz.—Yo cuidaré bien de todo y usted lo encontrará todo en orden... No se apure usted por apresurarse. Si va usted a Marsella, tráiganos mariscos frescos.

Y no había aún doblado Marta la esquina de la calle Taravelle, cuando Olimpia tomaba posesión de toda la casa. Cuando entró Trouche, encontró a su mujer golpeando en las puertas, hurgando en los muebles, huroneando, canturreando, y llenando las habitaciones con el vuelo de sus faldas.